

CIENCIAS NATURALES,



EL HOMBRE FOSIL.



an de saber nuestros lectores que en la vecina tierra de Francia, donde tanto se sabe y tanto se yerra, donde tanto se

Segunda serie.—TOMO II.

piensa y tanto mas se habla; habia un sabio, de estos raros, si los hay, por su excelente pasta y por su buena desca de poner los tesoros de su ciencia al alcance de todo el mundo: proceder en el cual, segun nuestros lectores saben muy bien, no están de acuerdo todos los de su especie. Como quiera (porque esto no es del caso) el bueno de nuestro hombre habiase arrojado de cabeza

19 de enero de 1840.

en las simas de la paleontología (que por sí á nuestros lectores se las indigesta la palabrilla, es el nombre que se ha dado al estudio de los animales que vivían antes del diluvio, y cuyos osamentos y reliquias fósiles se encuentran en las diversas capas de tierra que forman la corteza de nuestro globo), y aferrado en su buen propósito de enseñar al que no sabe, habíase formado una especie de tertulia de gente poco leída, es verdad; pero sin embargo, de sencillez, y sobre todo deseosa de aprender, y llena de ansiedad por las maravillas de la ciencia.

A estos tales, pues, púsose á explicar el honrado sabio los misterios de la infancia de la tierra, los esfuerzos de la materia para organizarse y recibir la vida en su inerte seno, y su primera transformación en aquellos seres indefinibles que tanto tenían de plantas como de animales; primer aborto de la vida orgánica. Explicóles en seguida el segundo período paleontológico con sus bosques de helechos gigantes y sus animales ya mas cumplidos, dotados de vértebras: luego el tercero con sus animales monstruosos, sus *plesiosauros*, especie de lagartos del tamaño de una ballena, con cuello de culebra de mas de treinta pies de largo y con aletas de cetáceo, animal que ni aun soñado nos lo figuraríamos mas horrible ni mas feroz; y mas adelante los *mastodonsauros*, lagartos ya de índole pacífica, y que se alimentaban de yerbas. Despues de esto les contó las maravillas del cuarto período paleontológico en que derramándose de nuevo el mar por los continentes, volvieron á ser los peces los habitantes de la mayor parte de sus espacios: pero lo que sobre todo arrebató al pasmado auditorio, fueron los animales colosales y poderosos que corrían el mundo todavia desierto en su quinto y sexto período paleontológico: aquellos *megaterios* (de los cuales conservamos un esqueleto en nuestro gabinete de historia natural) y aquellos rinocerontes de nariz alavetada, y por último la dominación sangrienta del gato gigante, que tenía el tamaño y corpulencia de un buey, y sus luchas tremendas con el *gran mastodonte*, cuadrúpedo muy semejante á los elefantes de hoy, pero mas pesado y de mayores dimensiones.

Al llegar á la segunda época de este sexto período, queria explicar á sus oyentes el buen doctor, un suceso que guardaba él como para corona de sus relatos.

—Pues, si señor, les dijo; en esta época caracterizada y marcada por depósitos de recientes aluviones, concluyen los tiempos anti-diluvianos y comienzan los históricos. La mayor parte de los animales monstruosos de que he hablado van á desaparecer uno tras otro, y los demas se modificarán en tales términos, que vendrán á ser lo que en el día son. Los continentes existen ya lo mismo que los de hoy, y un mapa de la tierra en aquel tiempo, si acaso se diferenciaba en algo de los que nos trazan ahora los geógrafos, sería, cuando mas, en por menores insignificantes.

Sin duda que estáis aguardando de un instante á otro la aparición del hombre; pues á fe que no vais desanimados: pero, segun debéis figuraros tambien, se le ha adelantado su caricatura material, su mobiliario, si se quiere; porque ahí tenéis un mono que sienta de rama en rama por los bosques de la Provenza.

—¿Cómo es eso? repuso uno de los oyentes; ¿monos en Francia!

—Si señor; y segun os dejo dicho, en Provenza es donde el naturalista Latet ha encontrado sus primeros osamentos en 1857.

Pero, ¡chito! idos acercando muy despacio, porque os voy á enseñar en esa caverna de las cercanías de Lieja un ente que por fuerza habéis de reconocer. Aquí le

tenéis dibujado y restaurado por mí. (Y les mostró un dibujo en un todo igual al que vá al frente de este número del Semanario).

—¿Y es este el hombre fósil?

—Sí por cierto.

—Pues señor, le habéis hecho tan parecido á un mono que no hay mas que pedir.

—¿Y qué queréis que ya le hubiera? Así era él; y aunque os hagais cuces de aquí á mañana, os diré que los caracteres de su raza se encuentran en la naturaleza viva, si bien por separado.

—Esto sí que me parece todavia mas extraño! pero, hombre, esta cabeza con esos morros tan pronunciados...

—La he calcado yo servilmente sobre un cráneo fósil hallado en las arenas de Baden, cerca de Viena. A men de esto, los negros de Etiopía os ofrecen aun el mismo semblante.

—Y estas piernas tan delgadas, sin muslos y sin pantorrillas, y estos pies aplastados de tan desmesurada largura?

—Si os tomáis el trabajo de abrir la edición grande del viaje del capitán Dumont-Darville, ya veréis por los primorosos grabados que la adornan, que los naturales del puerto del Rey Jorge y otros muchos parages de la Oceania, tienen todavia menos muslos y pantorrillas que mi hombre fósil, y no menos largo ni chato el pie.

—¿Pero y este que se separa de los otros dedos del pie ni mas ni menos que el pulgar de la mano?

—Si hubieseis visto salvajes del Brasil, ó de algunas poblaciones de los alrededores de Cayena, ó lisa y llanamente los Charruanos que han dejado morir tan indignamente de pesadumbre en una dura esclavitud en París, la ciudad de la libertad, sin duda hubierais echado de ver que tenían el pulgar de los pies separado y casi opuesto á los demas dedos. Por esta razon son tan soberbios ginetes, porque con este pulgar del pie asepan fuertemente su estribo de cuerda.

—Sea lo que quiera; lo cierto es que yo no he visto ningun hombre velludo como un oso.

—Así es la verdad, pero es porque el oso continuo de los vestidos ha gastado este primer vestido que la naturaleza habia dado á los hombres. Leed la Escritura, amigo, y allí vereis como Esaú era velludo á modo de un cabrito. Todavía existen un gran número de individuos que no le van en zaga en este punto.

—¿Y por qué le habéis puesto un hacha de piedra en la mano?

—Porque en la misma caverna de Chokier, cerca de Lieja, se han encontrado tambien revueltas con osamentos de hombres, de rinocerontes, de osos, etc., diversos objetos de una industria humana que apenas comenzaba; tales como una aguja hecha de la espina de un pez, un hueso cortado en punta, pedernales labrados en guisa de flechas, cuchillos y hachas, y otros huesos trabajados de distintos modos. En otros depósitos de la misma época, es decir, en otras cavernas, se han encontrado igualmente vasos groseros de barro cocido al sol y otros vasos de hasta de bony de distintos hechuras.

—De modo que segun vuestra cuenta, en otras muchas partes se habrán encontrado hombres fósiles.

—Sí por cierto: v. g. en las cavernas de Bize, de Londres, de Louvignargues, de Darfort y de Nabrigas; en otras varias cavernas de la provincia de Lieja, en la Guadalupe etc. etc. Facilmente notareéis que los osamentos humanos de estos diversos lugares pertenecen en general á unas razas completamente diferentes de las que viven hoy en Europa. De modo que las cabezas encontradas en Baden, y sobre las que he calcado yo mi hombre fósil,

tienen analogía con las razas negras africanas, si bien es más prominente su hocico. Las que han desenterrado á las orillas del Rin y del Danubio, parecen mecos antiguas, y se asemejan ya menos á los monos; pero mucho á las cabezas de los Caribes y de los antiguos habitantes del Perú y de Chile.

—Cuidado, que estos son hechos positivos. Y siendo así cómo es que la Academia de las Ciencias no dá todavía crédito á la existencia de los hombres fósiles?

—Eso es porque... comprendéis bien?... la filosofía... entendéis esto?... y luego la opinión del maestro Jorge que acaba de morir... todo está bien claro; y precisamente por todas estas razones no crea la Academia en semejante cosa.

—Pues, amigo, ni una palabra se me alcanza de todo lo que estáis diciendo.

—No importa: pensad en lo que os he dicho, adivinad su espíritu y tendencia, seguid el dedo de Dios en el órden de los tiempos y de la creación, y no tendré mas que deciros.»

Hasta aquí el sábio naturalista; y como tras de palabras como las suyas vendrían muy mal las de quien, si algo tiene de tal, es el deseo, hemos resuelto dejarlo en tal punto, y lo dejamos.

LA HERMOSA FORNARINA (1).



La posteridad ha conservado muy pocas noticias sobre la historia de la célebre querida de RAFAEL, de aquella mujer de una hermosura prodigiosa que tan grande imperio ejerció sobre el corazón y el ingenio del príncipe de los artistas, y las pocas noticias que han quedado, solo dan una idea incompleta de aquella jóven, á quien es preciso colocar entre la *Laura* del Petrarca y la *Beatriz* del Dante.

El influjo de la FORNARINA fue, por decirlo así, el principio de una nueva era para la pintura, y sobre todo para aquella parte del arte acaso la más importante de todas, la del idealismo en la realidad; esto es, aquel sentimiento religioso y moral á cuyo impulso debemos las obras maestras de la escuela italiana.

El sentimiento del ideal existía ciertamente en los cuadros ó en las estátuas de las escuelas que han precedido á la de Rafael, pero existían en el estado místico. El tipo austero y meditativo de las Vírgenes de Duccio, de Cimabue, de Masaccio, no era sino la personificación de la vida ascética; y al ver sus semblantes pálidos y serios, sus miembros agudos y huesosos, se conocen las austeridades de la penitencia y las vigiliás de la contemplación. En las *madonas* de Rafael se halla un orden de ideas perteneciente á mas completa inspiración. Rafael es otro Pigmalión: ha sabido idear y trasladar al lienzo la belleza abstracta, la más pura de la forma humana, al

mismo tiempo que dá á esta belleza un alma, foco celeste de todas las virtudes; en una palabra ha sabido enlazar el estilo con la expresión moral. Esta idealización de la materia había sido en vano intentada para representar á la madre de Dios, hasta que Rafael llegó á prendarse de la Fornarina.

Aquella mujer llegó á ser, por decirlo así, el genio protector de la pintura; las Vírgenes que Rafael pintaba participaban de sus graciosos contornos, de sus formas tan castas y tan positivas á la vez que no nos cansamos de admirarlas. Cuantas veces ideaba una Virgen vestida de todas las bellezas terrestres, ya fuese *Maria ó Galatea*, la imagen de Fornarina se interponía siempre entre su idea y su pincel, y la modesta hija del panadero (1) se representaba incesantemente á la ardiente imaginación del artista.

El que quiera formarse una idea de lo que fue aquel amor, que se represente la posición de Rafael y la de Fornarina. Cuando Rafael vió aquella mujer tan amada, era ya reputado por uno de los principales pintores que habían existido, y era tal la admiración hácia sus obras, que le hubieran conducido en triunfo al capitolio y como al Petrarca le hubieran coronado. Como Rubens era apreciado por los grandes, y á su imitación vivía como príncipe (*moda pittore, moda principe*) en el palacio que se había hecho construir. Su nombre era pronunciado por todos, y su imagen debía ser venerada en el corazón de una multitud de ilustres señoras romanas. ¿Y cómo olvidar la que le había visto aquella noble y hermosa cabeza, aquel semblante en el que se reflejaban las más bellas cualidades del corazón? Hallábase dotado de aquella modestia y de aquella amenidad que se encuentran en los hombres que á una gran dosis de talento saben unir una afabilidad y una dulzura de costumbres que de repente agradan y que jamás pueden olvidarse. La Fornarina, pobre plebeya, no poseía más que su belleza; pero ¡cuán grande era preciso que fuese esta belleza para que Rafael la elevase hasta él!; ¡Con qué ardor debía amarla! En cuanto á ella, debió prendarse del artista con aquel amor exclusivo y sin límites que caracteriza á las mujeres romanas: Fornarina fue pues el idolo de Rafael; se mezcló en todos sus ensueños, y se colocó en todas sus creaciones.

Ved aquella divina mujer de formas juveniles en pie sobre la concha marina que la sirve de carro y rodeada de dioses y tritones. No es ni Tetis ni Amfitrite; es *Galatea* á quien ha prestado Fornarina las proporciones esveltas y elegantes de su cuerpo, y su semblante cándido, animado por un sentimiento de voluptuosidad. ¿Queréis ver un admirable tipo de la fé sin límites, de aquella devoción inflamada que no puede equivocarse? Vedla en la *Transfiguración*. En el primer plano aquella figura de mujer arrodillada en el suelo y manifestando á un niño el milagro que se opera á sus ojos; aquella mujer es también Fornarina. En todas partes se la vé; así en los altares como en las paredes de los palacios de sus Mecenas, sean estos papas ó príncipes. Rafael manifestó á todos la imagen de su amada Fornarina, el ideal de todas sus concepciones. En el pabellon del jardín del palacio de Borghese se vé un retrato pintado al fresco por Rafael; este retrato representa á Fornarina; en la galería Borghese se conserva otro. Pero el retrato más verdadero, el más auténtico es el que se halla en el palacio Barberini. Es una figura de medio cuerpo, notable por cierta extrañeza de estilo; está desnuda hasta la cintura, y levanta hasta su seno finos y transparentes

(1) Habiendo hablado en el Semanario del domingo anterior de la vida y obras del gran Rafael, parecenos oportuno el completar aquella noticia con la relativa á la célebre hieldad que tan grande influjo ejerció en el alma de aquel artista.

(1) Fornarina se deriva de Fornajo, panadero.

ropages: se la vé sentada debajo de un emparrado, y rodeada de flores: una especie de turbante cubre su cabeza. En el brazo izquierdo lleva un bracelete sobre el cual se lee: *RAPHAEL URBINUS*. Noble y vigorosa italiana de tez morena é igual, recuerda por la amplitud de sus formas, las mas hermosas Venus de la antigüedad. La nariz es un poco ancha, pero los ojos son grandes y llenos de fuego; la frente vasta é inteligente; el color de la cabellera de un castaño que tira á rubio claro. Parece que los maestros de las escuelas de Italia han conservado el gusto tradicional de sus antepasados los poetas romanos que estimaban en tan alto grado los cabellos dorados; el *flavam comam*. Horacio, Ovidio, Propertio, Catulo, al cantar en sus inmortales versos los nombres y la hermosura de las Piryhas, de las Jaguanas y de las Callidias no se han olvidado de alabar el admirable color de la cabellera de sus amadas.

En la tribuna de la galeria de Florencia hay otro retrato de mujer que ha querido atribuirse á Rafael, y considerar como el de la Fornarina, pero no es sino una invencion de D. Antonio Rafael Mengs que grabó aquella pintura, y quiso por este medio dar voga y celebridad á su obra.

Si en el día nos es poco menos que seguro el conocer el rostro de la mujer que tanta influencia ejerció en el corazon del jefe de la escuela romana, justo es decir que nada ó muy poco se sabe de su historia particular. En el siglo XVI se escribia poco; no habia entonces esa curiosidad inquieta que se apodera con avidez de los mas mínimos pormenores de la existencia de un hombre ilustre. La atencion se fijaba sobre cada una de las obras que salian de su taller; las admiraban con entusiasmo; pero el individuo respiraba tranquilo detras de su obra. El coronista se ocupaba de la vida productiva, y olvidaba los hechos de la vida privada. Esto es lo que casi siempre hizo Vasari. A Rafael por ejemplo nos le manifiesta niño en el obrador de su padre en Urbino; luego en la escuela de Perugino; le sigue de allí á Florencia, á Roma y á otras ciudades que enriqueció con sus obras maestras; pero se contenta con describirlas, y calla sobre la vida privada del pintor.

Si los detalles de la historia de Rafael nos son tan desconocidos, con mayor razon deben serlo los de Fornarina. Muy poco es lo que sobre este particular nos revelan las tradiciones populares de Roma. Su verdadero nombre nos es desconocido, pero se sabe la calle en que habitaba. Inmediato á un puente que conduce á la *Strada Balbi* se vé una casita vetusta que sirve aun de despacho de pan, y que se conoce por *la casa Fornarina*; una lápida contiene las palabras italianas que acabamos de anotar, y parecen indicar bastante bien que en ella habitó la querida de Rafael. Situada en una calle casi desierta y en cuartel poco frecuentado, la mayor parte de curiosos viajeros se guardan de visitar aquellas ruinas cuya existencia apenas presumen.

Veuse sin embargo algunos estudiantes alemanes que van á aquel lugar á cumplir una voluntaria peregrinacion; porque en aquel sitio fue donde *Rafael Sanzio de Urbino*, jóven y lleno ya de talento, en el año 1508 yendo á casa del rico banquero Agustino Chigi para quien estaba pintando las paredes de una capilla, vió por primera vez á la hermosa Fornarina que despachaba panecillos, (*pogueltes*) en la tienda de su padre. Olvidóse en un momento de los frescos por concluir y los bosquejos comenzados, á pesar de los buenos consejos y amistosas amonestaciones de su protector. Las visitas matutinas del jóven pintor á la tienda del panadero se hicieron tan frecuentes y retrasaban tanto su obra, que despues fue conocida

bajo el nombre de *Stanza di Rafael*, que Chigi impaciente por ver concluidos sus bosquejos no tuvo otro recurso para atraer al artista á su obrador que invitar á la hija del panadero á que viniese á habitar su palacio, lo que en efecto ejecutó, y desde entonces el maestro, absorto de amor, continuó sin interrupcion sus trabajos empezados.

Fornarina no se separó jamás de Rafael, y permaneció á su lado hasta la muerte. Cuando este pintó los célebres frescos del Vaticano, Fornarina era su compañera inseparable, el genio inspirador que presidia á sus estudios. El papa no veia con placer la pasion del pintor á la hija del panadero, y la continua presencia de esta en el palacio le desagradaba. Un día le preguntó con un énfasis y amargura difíciles de disimular:—¿Quién es esa mujer?—Si su santidad me lo permite, (contestó Rafael) le responderé que *es mis ojos*.—Calló el papa, y Fornarina continuó siendo el alma encarnada del artista.

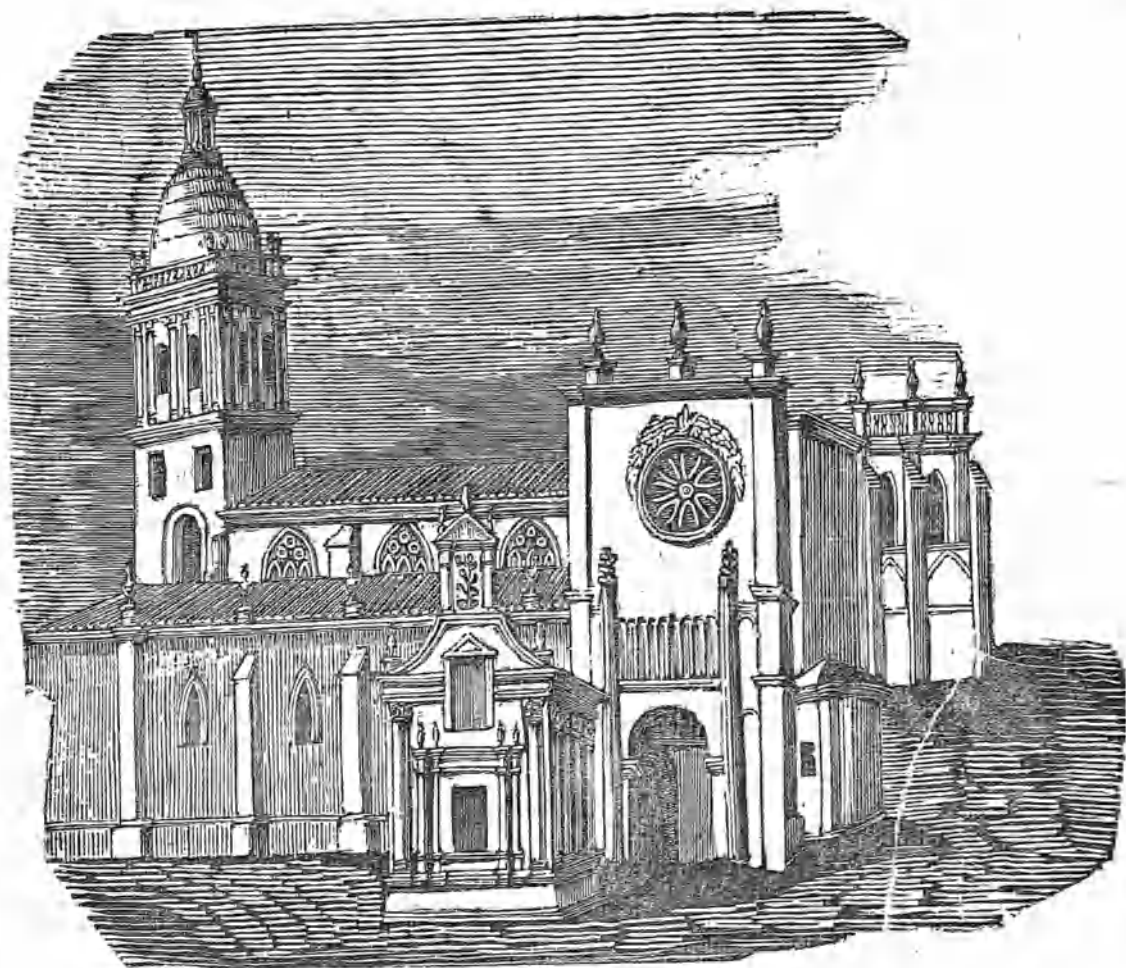
El mundo con el espíritu de injusticia que le caracteriza ha hecho pesar sobre esta mujer la desgracia que en la fuerza de la edad y del talento precipitó á Rafael en el sepulcro. Atribuyen su temprana muerte al abuso en los placeres del amor. Cuando vió que su fin se acercaba, hizo separar de su lado á su querida, y en sus disposiciones testamentarias la aseguró con que vivir decentemente: poco despues murió, y su muerte, como una calamidad pública, esparció el luto y la desolacion en toda Italia.

Es bien triste la historia de esos hombres, de esos raros ingenios cuya frente en la flor de la juventud se vé ya coronada de la brillante aureola de la gloria. Cuando se espera verlos llegar con la edad á una perfeccion infinita, varlos recorrer regiones á las cuales ninguna inteligencia ha podido alcanzar; deslombraen al mundo con una luz repentina, semejante á la de esos meteoros que aparecen sobre la tierra; pero esa luz se desvanece luego y desaparece de repente.

Iguales ejemplos nos presenta la historia de la música. Mozart, Weber y Bellini resplandecieron y murieron como Rafael. ¡Cuántos hombres ilustres víctimas de igual destino no encontramos en la literatura! Los pensamientos vivificantes, las poderosas creaciones, los trabajos de un espíritu de energia, parecen exigir una dilatada existencia, y apenas llenan el espacio de algunos años gloriosos, si, pero febriles y deboradores. El espíritu demasiado ardiente desgasta su fuerza y su energia en perjuicio de la fuerza y la energia del cuerpo. El equilibrio indispensable entre el cuerpo y el espíritu se destruye para siempre, y la vida se estingue en medio de los mas sublimes esfuerzos. Estos hombres viven demasiado para vivir mucho tiempo.

Así es como el amor de un hombre de talento hizo inmortal la belleza de una simple hija del pueblo; extraño capricho de la fortuna que dispuso que la imagen de una mujer sin nombre, humilde retoño de una familia plebeya, habitante de un arrabal oscuro y desierto, fuese para siempre el ornamento de los palacios y del genio. ¡Cuántas grandes princesas á quien pueblos enteros enalzaron en vida, habrán envidiado el perpetuo *apoteosis* asegurado por el divino pincel de RAFAEL á la hermosura de FORNARINA!

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE CIUDAD-RODRIGO.

Cuando el rey de Castilla D. Alfonso VIII
 hubo restablecido la paz en su reino, des-
 púes que tomó por traición el castillo de
 Zurita, trató de asistir á las córtes de Toledo para que te-
 nia convocado gran número de títulos y prelados.

Por este tiempo que corría el año de 1170 divertíase
 el rey D. Fernando II de Leon en visitar sus estados y
 reparar las quiebras de la morisma, haciendo buenos ofi-
 cios en remediar tantos males de que se dolian sus vasa-
 llos. Andaba la jente asombrada por las voces que se oían
 de que iban á acontecer muchas desgracias en aquel año
 por haber salido de su cauce el rio Tajo, llegando hasta

la iglesia de San Isidro de Toledo, con grandes temblores
 de tierra que acompañaren aquellos pronósticos.

Y Don Fernando, que tenia muchos bríos y fortaleza
 de ánimo, pasaba con grande diligencia de unas ciudades
 en otras alejando el miedo por lo que contaban en Cas-
 tilla. Sucedió que pasando el rio Tormes mandó levantar
 la villa de Ledesma que era la antigua Alcorisa, y un
 forajido portugués que tenia muchas noticias de aquel
 terreno, se acercó á él y aconsejóle que levantase la an-
 tigua Mirobriga para resistirse en las guerras contra los
 de su nacion, por ser en paraje muy defendido por la
 naturaleza y abastecido de mucha corriente de agua dulce.

Mandó el rey exploradores que reconocieron ser verdad lo que decía, y por su aviso reparó la ciudad que hoy se conserva con el nombre de *Ciudad-Rodrigo*, por el conde que la pobló, llamado de esta suerte.

Después de algun tiempo llevó á esta ciudad el obispado de Calabria, ordenando que no se distinguirá por otro nombre, y que había de recibir toda la antigüedad del primero, por lo cual siempre se distinguió esta silla con el nombre de calabriense, á la que se edificó un templo en el sitio mas alto de la ciudad entre las dos puertas del Rey y del Postigo. Su planta y asiento es en forma de cruz, y la obra de sillería bien labrada de tres naves sobre ocho pilares torales muy gruesos. Sus basas son de obra dórica y capiteles de obra corintia, formando las naves por lo alto cuatro capillas y el crucero de cinco cerraduras de piedras de diferentes formas. Para claridad tiene dos órdenes de ventanas, las mas en la nave mayor que es la del medio y la mas alta, las otras en las naves bajas ó colaterales. El crucero está rodeado por lo alto de corredores sobre que se ve menguar y crecer la luna, y tiene dos grandes ventanas á los lados encima de las dos puertas colaterales y otra sobre el pórtico de la puerta principal.

Como entramos por ella se ve un sepulcro en donde yace el ilustre caballero D. Alvaro Alfonso de Robles, segun se manifiesta por un rótulo conservado en las historias que se copió de la piedra de que ha sido perdido por la destruccion de tantos años.

A la mano izquierda yace el Sr. D. Pedro Diaz, obispo de esta diócesis, á quien iban á exponer en un cenotáfio muy santuoso para cantar el oficio de difuntos; y se apareció S. Francisco, y sucedió que estendiendo la mano sobre el cadáver dijo: — levántate — y se levantó bueno y sano, con lo que comenzó á saltar y brincar. Y después de haber resucitado vivió treinta dias en los cuales predicó al pueblo é hizo penitencia: apenas corrió esta época cuando fué llamado otra vez á juicio, y relata la fama que no la aprovecharon los dias de esta nueva vida porque estaba ya condenado. Conserváanse las circunstancias principales de este suceso en un lienzo pintado en que aparece el entierro del obispo y el acto de volver á la vida, adornado con todo el aparato que correspondía á la ceremonia que iba á ejecutarse.

Sigue el sepulcro del noble caballero Albar Perez Osorio y su mujer Doña Maria Pacheco, y cerca de ellos están los huesos del ilustre D. Fernando de Toledo que fueron traídos de tierra de moros allende el mar, donde peleó muchos años contra los infieles.

Sigue una pizarra con un letrero que dice «aquí yace la ilustre Marina Alfonso que llamaban la coronada» enterraron á esta señora en un sepulcro adornado con gran lujo, y construido de muchos mármoles y otras piedras que se han perdido por el curso de tantos años y la turbacion de los tiempos. Era de nacion portuguesa, y cuenta la fama que hizo cosas muy difíciles y estrañas sobre las que hay una mas estraña que las otras, y es que supo guardar su castidad hasta que le llegó su última hora. En fuerza de cuya propuesta sacan los argumentos de que había sido requestada por un mancebo hijo mayor del Señor de su tierra, mozo que pretendia en el hervor de sus amores la satisfacción de sus deseos, siguiéndola en el campo cuando iba sola. Sucedió un dia que viéndose los dos en el campo, por guardar y conservar su castidad respetando mas el valor de su limpieza que á la florida juventud, gallardía y nobleza del hijo de su Señor, le mató, quebrantándole con grande ánimo la cabeza con un carillo que en las manos tenia. Luego después de lo cual como que había hecho una muerte subió en una yegua y

se vino á España. Era dama de mucha hermosura y lumbré de discrecion.

En medio de la nave mayor está el coro de nogal muy vistoso, llevando en la cornisa de la nave cuatro estatuas que son del rey D. Fernando de Leon y su esposa, del obispo D. Domingo y la que está en frente es de S. Francisco que cuando pasó por esta ciudad á la de Santiago se asombraba la jente de ver un hombre metido en un saco, descalzo de pie y pierna, ceñido su cuerpo con una soga y un báculo para sustentarse, y como por aquel tiempo se cubrian las bóvedas, mandó el obispo retratarlo y ponerlo sobre el otro pilar de enfrente.

A la otra parte de la iglesia había en lo antiguo un epitafio sobre Doña Maria Adan, señora de Cerralbo, que habiéndole muerto á su marido D. Savelio Perez, se vistió de gerga y se ceñó con cinco vueltas una soga, jurando no quitarla hasta que no fuere vengada esta muerte. Mas como no tenía de su parte á quien acudir para el reto, hizo pregonar por las comarcas de esta ciudad que endonaría toda su hacienda y daría su hija en matrimonio al que la vengase. Corriendo dias llegó finalmente un caballero portugués llamado Estevan Pacheco que salió á la vangar y retó en el campo á cinco caballeros del linaje de Garcilopez, matadores de D. Sancho, de los que solo comparecieron dos. Señalado el lugar peleó con ellos delante de la justicia, y los venció uno á uno en el sitio llamado de S. Francisco, que conservó largo tiempo una cruz en memoria de este suceso renovada por última vez en tiempo de D. Felipe IV. Después cumplióse el plazo del desafío sin que los otros contrarios viniesen, con lo cual recibió este caballero el premio que alcanzó con su valor digno por sus prendas y honra de ser contado entre los hidalgos de Castilla, en lo que vino muy gustosa Doña Maria Adan con condicion que de allí adelante había de sustentar el bando contra Garcilopez como lo hizo. En seguida quitó dos vueltas de las cinco con que se había ceñido, por ser dos los contrarios que habían perecido, siendo tal su fortaleza que llevó las restantes hasta su muerte sin comer pan á manteles ni vestirse de otra suerte que con sacos de gerga, y hoy dia está retratada de este modo en una figura de relieve que hay en la sepultura en la iglesia del convento llamado la Caridad donde se enterró.

A la salida de la iglesia por la parte de occidente está descansando Francisco Gonzalo Maldonado, que no se pudieron gastar en sus honras arriba de 12 onzas de cera por mas que estuvieron ardiendo un dia gran cantidad de hachas, y muchas órdenes de velas.

Conforme se sale por esta puerta se tropieza con los muros de la ciudad, y desde los que se registra toda la estension de la torre sembrada de cicatrices que hicieron las bombas mientras duró el sitio de los franceses. Por esta parte y cabe la iglesia hay una plazuela con un monumento en memoria de aquella guerra, que es un cenador á manera de los que se estila pintar en los países de las abanicos. Rodeale gran frondosidad de árboles y rosales que se secaron apenas los habían enterrado en la tierra, adornados con muchos asientos que han destruido ya las lluvias.

J. A. G.

En el artículo «descubrimientos de Baena» inserto en las entregas 50 y 51 hay las erratas siguientes:

- Pág. 398, col. 1.^a, línea 51, donde dice DEIDO, léase DEICO.
 Id., col. 2.^a, línea 8., donde dice Eneo, léase Cuco.
 Id., col. 2, línea 59, donde dice Stroszianos, léase Stroz-zianos.
 Id., id., línea 49, donde dice su, léase sus.
 Pág. 401, col. 2, línea 2, donde dice Pampilonenses, léase Pompilonenses
 Pág. 402, col. 1.^a, línea 1.^a, donde dice cada cual la diferencia de personas por medio de sobrenombre, añádase antes libertos: antes bien de ilustre origen. Establezcamos etc.
 Pág. 402, col. 1.^a, línea 19, donde dice SVBSCHRIP-SI, léase SVBSCRIPSI.
 Pág. id., col. id., línea 22, debe estar con letra coman y no bastardilla.
 Pág. id., col. id., línea 52, donde dice Capóndulas, léase Capéndulas.
 Pág. id., col. 2, línea 5, donde dice nos impone léase nos imponen.
 Pág. id., col. id., línea 56, donde dice en octubre, léase en noviembre.
 Pág. id., col. id., línea 65, donde dice solicitó léase sollicitó.
 Pág. id., col. id., línea 63 y 64, donde dice inspeccion de Andalucía léase inspeccion de Antigüedades de An-dalucía.
 Pág. id., col. id., línea 68, donde dice han vencido, léase ha vencido.
 Pág. 403, col. 1.^a, líneas 1.^a y 2.^a, donde dice libertos, antes bien de ilustre origen. Establezcamos en mejor cortadas, léase mejor cortadas, contando de ante-mano, etc.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

A continuación ofrecemos un estado demostrativo de las operaciones de la caja de ahorros de Madrid desde 17 de febrero (día de su instalación) hasta fin del año último (1). No dudamos que al recorrerle nuestros lectores experimentarán un vivo placer por mirar establecida ya y popularizada entre nosotros la institución mas previsora y verdaderamente noble de este siglo. El pueblo de Madrid al acogerla tan favorablemente ha dado una prueba mas de sus sensatez y virtudes, y por consecuencia de ellas mil ciento cincuenta y un individuos, ó familias, han sabido poner á cubierto de la disipacion, y llevar á este depósito coman de sus economías un millon trescientos veinte y nueve mil ciento cincuenta y nueve rs. Suma verdaderamente admirable, si se considera el corto espacio de cuarenta y seis semanas que cuenta la caja, y lo difícil de arraigar una institución de esta clase en un país en donde desgraciadamente escasea la confianza por causas bien notorias.

Nótase igualmente en el estado que las demandas de devolución son infinitamente menores que las imposicio-nes, pues que solo han consistido en 92,461 rs. 12 mara-vedises en todo el periodo que comprende el estado, y

aun de las 162 demandas solo 70 fueron por el comple-to de la suma impuesta; las demas solo fueron por una suma á cuenta de mayor cantidad existente.

En la designacion por clases de imponentes se observa el mismo orden lógico y natural que ya en otras ocasio-nes hemos hecho notar, de las necesidades respectivas.

Esperemos, pues, confiadamente que en el año en-trante esta institucion recibirá todo el aumento que su importancia reclama, y que el ejemplo de la capital del reino cundirá generalmente en las de provincia, como ya en algunas se ha verificado.

Para que lleguen á apreciarse por nuestros lectores las ventajas que ofrece la caja á la economía de las fa-milias, y puedan aprovecharse de ellas en el año entran-te, nos parece oportuno presentar aquí una tabla sinópti-ca de la progresion de capital é interés acumulado; es-cogiendo para ejemplo la cantidad menor que admite la caja que es una peseta semanal, y calculando su aumento en treinta años. Esta tabla puede servir de base tambien para los que impongan mayores cantidades, multiplicando las sumas por igual número al de las pesetas impuestas. Por ejemplo, si la imposicion semanal es de un duro, la suma total multiplicada por cinco será al cabo de treinta años la cantidad de 59,519 rs. 14 mrs.

Producto de una peseta impuesta semanalmente con el interés de 4 por 100 acumulado al capital al cabo de 30 años.

	Rs. vn.	mrs.
Al fin del año 1. ^o se ha convertido en	212	8
2. ^o	432	32
3. ^o	662	17
4. ^o	901	9
5. ^o	1.149	18
6. ^o	1.407	26
7. ^o	1.676	14
8. ^o	1.955	20
9. ^o	2.246	2
10	2.548	5
11	2.862	10
12	3.189	4
13	3.528	28
14	3.882	8
15	4.249	25
16	4.631	35
17	5.029	16
18	5.442	30
19	5.782	29
20	6.320	»
21	6.785	2
22	7.268	23
23	7.771	23
24	8.294	26
25	8.838	27
26	9.404	20
27	9.995	»
28	10.604	32
29	11.241	15
30	11.903	30
Cantidad impuesta en los 30 años.....	6.240	»
Se ha convertido con el interés acumulado en	11.903	30
Ha ganado.....	5.663	30

(1) En adelante solo insertaremos un estado al fin de cada año.

Estado demostrativo de la caja de ahorros de Madrid desde el 17 de febrero hasta fin del año de 1839.

Días de recibo	Cantidades depositadas.	Número de puestas.	Nuevos imponentes.	Cantidades devueltas.	Número de pagos.	Pagos por saldos.
Domingo 17 de febrero.	19,214	112	112	"	"	"
24 "	34,629	163	131	"	"	"
3 de marzo.	36,186	193	98	2,088	3	3
10 "	28,832	169	64	"	"	"
17 "	29,606	165	40	"	"	"
24 "	21,172	134	21	40	1	1
31 "	24,102	117	26	532	2	2
7 de abril.	23,861	170	32	"	"	"
14 "	26,325	166	34	100	1	1
21 "	20,526	139	23	"	"	"
28 "	20,825	139	14	140	2	2
5 de mayo.	22,924	165	20	321	2	2
12 "	24,536	138	24	20	1	1
19 "	26,046	144	19	2,401	9	9
26 "	22,936	149	16	"	"	"
2 de junio.	32,862	168	20	320	2	2
9 "	20,763	136	13	2,818	1	1
16 "	34,298	153	18	"	"	"
23 "	28,241	159	23	932	2	2
30 "	27,039	159	17	756	3	3
7 de julio.	27,049	172	9	4,186	3	3
14 "	24,906	157	16	2,646	5	5
21 "	23,750	142	11	2,045	2	2
28 "	21,360	138	11	487	3	3
4 de agosto.	35,348	166	18	280	4	4
11 "	32,008	166	25	2,090	5	5
18 "	26,340	153	14	2,294	7	7
25 "	22,978	117	9	101	1	1
1 de setiembre.	23,356	137	14	432	3	3
8 "	30,000	165	12	4,962	5	5
15 "	29,423	157	12	480	4	4
22 "	27,457	149	15	1,478	5	5
29 "	27,123	158	6	8,495	7	7
6 de octubre.	44,732	177	29	5,402	6	6
13 "	24,395	152	8	5,432	7	7
20 "	30,959	158	14	190	2	2
27 "	40,162	186	21	3,062	5	5
3 de noviembre.	35,487	169	15	234	2	2
10 "	33,812	173	17	8,036	3	3
17 "	37,150	157	22	6,640	6	6
24 "	26,739	140	5	7,379	10	10
1 de diciembre.	30,082	157	12	651	4	4
8 "	34,087	148	15	1,229	3	3
15 "	37,582	176	18	3,301	5	5
22 "	42,185	154	21	2,568	5	5
29 "	35,786	168	15	7,923	14	14
	1,329,159	7,130	1,151	92,461	12	70

CLASES DE IMPONENTES.

Menores de ambos sexos.	312
Hombres.	523
Mujeres.	216

Total de imponentes existentes en el día. 1.081

Estos, los hombres, se subdividen en las clases siguientes:

Domésticos.	118
Artesanos y jornaleros.	84
Empleados.	103
Militares.	74
Otras varias clases.	144
	<u>523</u>

Resulta, pues, que el capital impuesto en las 46 semanas del año, ha sido de rs. vn. 1,329,159

Las devoluciones han sido de. 92,461 12

Queda en fin de año un capital existente de. 1,236,697 22

El número total de imponentes ha sido de. 1.151

Se han separado en el año por saldo de sus libretas. 70

Quedan en fin de año. 1.081